

Un nuevo territorio

Hay una relación ineludible entre la mirada y el amor, pues es cierto que donde está el ojo está el amor: ver es amar y viceversa. Esta creencia se corrobora en las pinturas que magistralmente nos han ofrecido los grandes artistas de la historia. No desvelamos nada al afirmar que un cuadro debe ser bien observado y leído para ser amado, comprendido, entre líneas, en toda su dimensión, con una pertinaz obsesión por el detalle que se apodera de todos los amantes, así sean de la pintura o los seres humanos. Queremos decirlo en corto y sin ambages: las creaciones de Juan Heredia están dotadas de esos requisitos precisos y libertarios para admirar las pequeñas y grandes cosas de la existencia.

Existe una mixtura insoslayable entre un creador y Dios, para ello sólo basta una ojeada a las producciones de cualquier tendencia vanguardista, disfrutar del goce artístico proporcionado por este pintor, quien aúna tradición y modernidad en sus piezas, una belleza sin par que no cesa de engrandecer la realidad elegida como al azar para convertirla en ficción feraz. ¿Qué artista o creador que lo sea no se ha considerado un dios que mueve a su manera los hilos de cuanto nos concierne? Ninguno. En esta muestra, catedrales, recodos y calles son naturalezas bien vivas que nos invitan a ahondar sin límites en los vericuetos de sus capacidades, con y sin exornos. Como un investigador actúa este perfeccionista que revive felizmente la delicadeza inherente a su trabajo. La esencia consiste en que su energía se expande más allá del marco, impregna todo el aire, entra en el alma del espectador hasta convertirlo en una parte de esa obra de arte.

Se aprecia la firmeza de su intención, se intuye que detrás de cada imagen revelada hay otra que no vemos, y otra más, y eso sólo se consigue con oficio y método. El pintor se supera a sí mismo en cada entrega y alcanza una maestría y poderío que entusiasman a la vez que fortalecen, lo cual lo amuralla frente al mundo que vivimos y delimitamos; inequívocas señas de identidad se exhiben en cada trazo con diafanidad pensadora. Nada falta ni sobra en esta exposición estupenda, esta reivindicación del arte de contemplar la frondosidad, e ignoramos cómo se recalca en tal logro pero es claro que el dibujo precede a cualquier arquitectura. Por lo demás, vanguardia es lo que haría hoy con ordenador Monet si viviera.

A cada época su arte; al arte, la libertad. Eso aventuramos: el protagonista asume esta máxima para ofrecernos las gracias que le han otorgado los dioses: largueza, generosidad, concentración, elegancia, amor. Su obra le sobrepasa y nos cautiva, y todo ello en una época sin nombre propio, acaso Sepia Meticuloso sería el adecuado. Paseen ustedes y miren, sin prisa, con demora. “Tengo la paciencia de un buey”, dejó dicho Gustavo Doré; como todos sabemos, el talento es una larga paciencia. Aquí y ahora: precisión, perspectiva, luz, color, soledad poblaba, tiempo sin adjetivar, enjundia. La construcción a secas se transforma en *algo nuevo* (llámese alegría, feliz redescubrimiento) que nos penetra o subyuga: el símbolo en que no reparamos porque se aloja entre retazos minúsculos en el cuadro, intersticios urbanos, afinidades electivas y geométricas. Cada cuadro emite una onda magnética que no se quiebra: advertimos una ardua reflexión sobre eficacia y beldad, resistencia de materiales y humana condición, que constituye esta sorpresiva cueva rupestre que es el Territorio llamado Juan Heredia.

Se trata de un lugar por donde transitamos perplejos y revisitamos una y otra vez avistando asombrados nuevos matices, esperanzas gráficas hasta ese momento ignotas, mapas de dilección. Apreciamos lo aparente: plazas, ayuntamientos, cielos despejados, diócesis, árboles, obispados, cúpulas verdosas, padres de la Iglesia. Todo ello agraciado con la *imaginación inverosímil* del pintor, que nos acerca a su mundo en cada imagen, actuando de médium como si no lo fuera, con esa inconsciencia consciente tan presente en curtidos creadores. Monasterios, labrados de asfalto, procesionistas, rectorados, farolas, bancos de madera, columnas salomónicas. Esta ciudad no es una, son todas cuantas configuran ese prolijo Territorio en que habitan dos cualidades muy hermosas en el universo de este artista: subjetividad y libertad.

Y es que somos mejor personas después de recrear la vista por donde antes estuvo la plumilla, tropezándonos con transeúntes encantados porque la libertad del otro acentúa la suya. Al cabo averiguamos o confirmamos que, así en ética como en arte, *sólo se gana lo que da*, y Heredia nos regala muchísimo más de lo que necesitamos, es mirífico. Ante esta magnífica exhibición nos queda ceder ante los imaginarios y seguir caminando, cogitando silenciosos en el secreto de la vida, que sin embargo está ahí, frente a nosotros.

Ezequiel Pérez Plasencia

Escritor